

Santiago, Adiós a los Témpanos

Vega, Juan Enrique

Juan Enrique Vega: Sociólogo chileno. Director Ejecutivo del Programa de Asesoría Legislativa (PAL) de Chile. Director del Consejo de Televisión Nacional. Embajador de Chile en Cuba (1971-1973). Director del Departamento de Estudios Políticos del CIDE, México (1978-1983). Ex Director de ILET México (1984-1988).

Santiago, junio de 1992

Querido Alberto,

Sé que partes pronto. Que te vas físicamente de este continente. Imagino, no con mucha imaginación, que tu largo paso por acá dejará huellas profundas en ti y en Cristina. Por lo pronto, en estas tierras nació tu hija. Sé lo que eso ha significado para ustedes. Cuando me contaste que te ibas te prometí una carta. Un texto para el número que harías de despedida de la revista que encarnó sueños y obsesiones tuyas. Quizás más obsesiones que sueños. Pensé muchos interlocutores. Durante largo tiempo quise dirigirme a algunos de los más vivos de mis muertos. Sin embargo, la carta no salía. Obviamente, al margen de mis intenciones, se fue retrasando.

Y heme aquí escribiéndote para explicarte por qué no he escrito. Con mucha tardanza, más allá de todos los tiempos límites. Mis primeras palabras deberían ser, entonces, necesariamente para pedirte miles de disculpas y perdones. También para prometer, una vez más, que no volverá a repetirse. Con esto seguramente mi conciencia podría quedar libre de la culpa de todos los perjuicios que te he causado y de los inconvenientes no previstos que he provocado en la edición de la revista.

Me imagino que has estado justamente molesto conmigo: ¡Latinoamericanos! - podrás haber exclamado - siempre informales e incumplidores. No sé si te parecerá un poco cínico pero te comprendo perfectamente y estoy de acuerdo contigo. Sé por experiencia propia la angustia y tensión que puede causar la espera de una carta que no llega.

Para tranquilidad mía, por suerte, esta no era una carta de amor. Uno especula. Se complica con la situación. Busca explicaciones. Le hecha la culpa al correo o a las comunicaciones de estos países, todavía tan precarias y lejanas del modelo del correo alemán (recuerdo a un profesor mío en Alemania que nos reiteraba que Lenin había tomado del correo germano el modelo para su partido de vanguardia. Si fue así, habría que preocuparse por el futuro del correo alemán). También responsabi-

liza a aquél o aquélla que debió haber escrito, de ingratitud o desidia. En fin, cuenta cuentos y se cuenta cuentos. Yo, para justificar mi atraso podría dar una larga lista de explicaciones: que Santiago tiene una contaminación increíble. Y ella atonta. Que sólo en esta última semana los índices de polución de cada día han excedido, con mucho, los máximos posibles de soportar que me aburre escribir en una revista latinoamericana porque Chile está diciendo crecientemente adiós a América Latina. Que como demostración de ello está nuestro pabellón en Sevilla, donde nos hemos simbolizado en un gélido «iceberg» y en un conjunto de edecanes blondos y de ojos azules. Que a nadie se le ocurrió la idea que también nos podía haber representado un témpano de los mares australes. Pero nosotros somos fríos en inglés y esto es signo de desarrollo. Nos aleja de todo tropicalismo o realismo mágico que sólo han producido pobreza e inestabilidad en esta región. Quizás tan significativo como la transformación del témpano en iceberg sea la conversión del ex-tirano monolítico (que al margen de cualquier consideración estética mínima gobernó nuestro país por largo tiempo) en casi un primer ministro inglés. Nunca tuvimos un dictador que gustara de los desfiles militares, las condecoraciones, los títulos y los halagos. Por el contrario, un austero estadista modernizador, cosmopolita, culto y realmente muy contemporáneo, sentó las bases de una sociedad libre y de oportunidades.

Y así, podría seguir buscando muchas otras explicaciones para decirte: ¡perdóname por el atraso! Mis razones, lamentablemente, son mucho más simples y menos sofisticadas. La verdad-verdad, como diría un mexicano, es que cada día me cuesta más escribir. Nunca fui demasiado expedito en esta materia pero no me complicaba mucho. Siempre tenía la pretensión de que había algo relativamente inteligente y significativo que se podía decir. Ahora no. Escribir ha perdido toda connotación placentera. Mas bien se constituye en una cierta tortura. Debo exprimir mi cabeza para imaginar algo que no sea elemental o un lugar común más. Así me paso largo tiempo redactando y redactando mentalmente textos inconclusos. Unos son escuetos. Otros largos retóricos y tediosos, casi ridículos. Les doy vueltas y vueltas. Maldigo haber aceptado por enésima vez un compromiso que me complica. Juro y rejuro que nunca más lo volveré a hacer. Y así expuesto en mi desnudez intelectual me entra paulatinamente la sensación de que tengo escasas ideas que comunicar. Y ante esta sequedad me angustio. Me lleno de dudas: ¿será un problema personal? ¿o quizás una consecuencia de los consensos planos a que nos obliga el proceso de transición a la democracia en Chile?, o ¿un signo de estos tiempos en que los sueños de igualdad que excitaban el alma y la mente se derrumban junto con las perversas catedrales que quisieron personificarlos?

No tengo una respuesta exacta para estas dudas. Intuyo que, al final de cuentas, es una combinación de todos estos factores y concluyo que debo admitir que tanto la edad como el clima cultural y político pueden ser elementos que deterioren las ideas. No puedo dejar de confesarte que esto de la edad me complica sobremedida. Hasta hoy siempre rechacé el viejo argumento realista de mis mayores de que el paso del tiempo atempera, hace madurar, nos transforma en más prácticos y de que derivamos en gente más sensata. He conocido muchos desmentidos a estas hipótesis. Pero ahora me siento, silenciosamente, casi involuntariamente, deseando que sea verdadera.

Quizás eso permitiría que los nuevos sueños y utopías que se levantan por sobre la sacralidad del mercado, así como de las construcciones teológicas que los acompañan, también pronto, empiecen a sufrir los efectos del tiempo. Imagínate a los portadores de estas nuevas fantasías, tan semejantes a nosotros cuando portábamos las viejas fantasías en que ellas eran únicas y definitivas cuestionando la premisa de que el mercado justifica los medios. Imagínate.

En cuanto al clima cultural y político, Santiago - ciudad de alrededor de cinco millones de habitantes - es un lugar bastante contradictorio. Nadie podría decir que es una suerte de Atenas, ni mucho menos que tiene una cotidianidad *very exciting*. La categoría «santiaguino» es carente de especificidades muy fuertes. En general, no se diferencian demasiado de cualquier otro chileno. Al menos en apariencia. La fuerza del discurso estatal creó una curiosa homogeneidad nacional en que la diversidad de clases, sexos, edades, razas, regiones y religiones se presentó siempre mediada por cruces más enérgicos que apelaban a las identidades político-partidarias. Los chilenos del sur, del norte o del centro eran antes que nada radicales, demócrata-cristianos, liberales o socialistas del sur, del norte o del centro. Hasta el pasado más reciente, en Chile las concentraciones políticas reemplazaron a los carnavales y los funerales fueron las más grandes manifestaciones políticas.

Si el ser chilango en México, o carioca en Brasil, o porteño en Argentina constituyó siempre un rasgo central de caracterización individual, en Chile la adhesión política sustituyó a ese descriptor. Al Roque, paulista, en Chile se le reemplazó por Ricardo socialista. Este hecho daba un extraño sabor a la vida diaria. Ella estaba siempre marcada por confrontaciones - más o menos intensas - que apelaban a los sentidos más profundos del orden político. Desde temprana edad nos acostumbramos a hacer opciones y a participar en elecciones. Gran fiesta cívica las elecciones. El voto era para cada chileno casi como una droga para un adicto. Instrumento de goce y de sufrimiento. Elegíamos presidentes de la república, senadores, diputa-

dos, dirigentes sindicales, dirigentes de colegios, presidentes de curso, presidentes de clubes deportivos, dirigentes de los bomberos, y en cada oportunidad lo hacíamos pensando antes que nada en si eran radicales, socialistas, comunistas, demócrata-cristianos, conservadores o liberales. Después elegíamos una comisión para que los controlara.

Las elecciones eran parte de un rito persistente y consistente que parecía otorgar un ritmo bastante sabroso a cada día. Verdaderas subculturas, las identidades partidarias fueron fuente de estilos de vida, solidaridades, valores éticos, amistades y enemistades. De grandes amores y de profundos odios. Todo aquello formaba parte de contenidos nacionales que de alguna manera apelaban a un proyecto de país organizado exclusivamente en torno al Estado, y a partir de ese Estado. Cuando, en la medida que la política se fue llenando de contenidos totalizadores, el Estado dejó de tener capacidad para contener tanto proyecto integral, los conflictos escalan hasta hacerlo estallar.

Así, cuando a la revolución en libertad de la democracia cristiana la sucedió el proyecto revolucionario de la Unidad Popular y a éste, la refundación neoconservadora de Pinochet y los Chicago-boys, ya que no había más que un solo país que nos permitiera estar juntos a todos los chilenos. El golpe de 1973 y su secuela de atrocidades fue el vórtice. En la épica de los ganadores este hecho se constituyó en el acontecimiento histórico ejemplar supremo. Una especie de segunda independencia. Un ejemplo para todo el mundo (a los chilenos nos encanta ser ejemplo, de cualquier cosa). En el martirologio de los vencidos, el 11 de septiembre del 73 representó la amputación del país, la expropiación de Chile a un porcentaje significativo de su población. Años oscuros fueron los que siguieron para los que éramos los derrotados. Fiesta y euforia, erotización del poder, fueron los mismos tiempos para los re-conquistadores. Los primeros excluidos, vetados, malditos, representando los infiernos del pasado; los otros, alabados, elevados al heroísmo, orgullosos de su especificidad, representantes del futuro. Dos países. Dos mundos. Infinidad de identidades. El miedo en el centro de uno de los mundos y en las fronteras del otro. El tirano ufano, locuaz, impertinente, con cada día más títulos y condecoraciones.

La encarnación de la vulgaridad y la astucia, transformada en urbanidad e inteligencia por virtud de la fuerza. Y de la fuerza en sentido común por la potencia utópica del proyecto neoconservador. Pero también, procesos complicados, silenciosos, tensos, de homogeneización de las conciencias de los triunfadores y de heterogeneización de los vencidos. Estos, en todo caso, eran cada día más. El paso del

tiempo los ampliaba. Hubo muchas más derrotas, aunque de diferente carácter, que las sufridas en 1973. Derrotas cotidianas que hablaban de dignidades humilladas, de sueños mancillados. La heterogeneidad se hizo más densa. Superpuso los diferentes tipos de derrotas. Imbricó las distintas posibilidades de esperanzas. Reemergió, silenciosamente, más compleja, más extensa, más profunda, más diversa en todas partes. Hasta en la cima del poder. Esto, paradójicamente, representó el punto de inflexión, el principio de la reintegración del país. La derrota del tirano fue en esencia la explosión de la diversidad. La permanencia del Comandante en Jefe el principal límite a la institucionalización de esas diversidades.

Efectivamente, la transición ha sido un brillante ejercicio de pluralismo. Una experiencia fundamental para reintegrar el país en uno solo. También un inmenso bloqueamiento a la diversidad. Una vez más la política partidaria ha sido el centro de la constitución nacional. Sólo que esta vez ella, si bien expresa el pluralismo, es incapaz de recoger las diversidades y heterogeneidades de conciencia del final del milenio. Despojada de dramatismo, de contenidos finales, de intensidad ética, recubierta de pragmatismo, de espíritu de ingeniería es incapaz de subsumir en identidades incluyentes y de alta agregación los micromundos de la sociedad.

Afortunadamente ya la política no es todo. Desgraciadamente mucho de lo que no es política está afuera de los procesos más relevantes. La sociedad, atemorizada aún, aunque cada día menos, por la posibilidad de que el «ex-primer ministro inglés» devenga de nuevo en tirano, se expresa poco. Ha abandonado cualquier afán protagónico, aunque tampoco le ha entregado ninguna confianza real a los actores principales de este período: los partidos políticos. Estamos en plena campaña electoral, muy distinta de las del pasado. Aún de las del pasado más cercano, la última elección presidencial.

No sé si será el invierno, pero todo parece más gris, con menos alegrías. Los chilenos ahora no tenemos ni carnavales ni concentraciones. Ni tampoco elecciones en televisión. ¿Qué somos entonces los chilenos? ¿Somos modernos? Lo real es que la gente tiene confianza en el presidente, en los partidos mucho menos, y si bien no tenemos carnavales ni concentraciones y aparentemente nos aburrirnos más, el país está enfermo de optimismo por su economía, confiado en sus instituciones democráticamente incompletas, ansioso de orden, temeroso de los conflictos, suspicaz de los ideales, cada vez más privatizado en su conciencia, particularmente en la de la gente que pertenecemos a la izquierda. También hay millones de pobres, de desprotegidos, de identidades reprimidas, de diversidades ocultas que aspiran a ser liberadas.

Las únicas propuestas fuertes de sentido provienen bien del neoliberalismo económico y político, bien del neo-integrismo católico que empieza a dominar la Iglesia. Los viejos comunistas, arcaicos, emocionan por su apego al pasado y conmueven por su falta de sentido del presente. Hay, sin embargo, que observar con atención el fenómeno de la Iglesia católica. Durante el período autoritario ella fue el espacio de la tolerancia y de la defensa de los derechos humanos. Con su conducta generó una de las instituciones más valoradas por la sociedad chilena. Hoy, con este capital, el Vaticano ha ido desplazando sistemáticamente de sus posiciones de dirección a todos aquellos que construyeron esa iglesia tolerante y respetuosa. Los ha reemplazado por aquellos que en las épocas difíciles fueron neutrales, guardaron indiferencia, estuvieron en silencio o se solidarizaron con el tirano. Hoy, en nombre del capital acumulado por otros, los nuevos dirigentes de la Iglesia empiezan a reclamar contra los riesgos de la tolerancia y a cuestionar la necesaria secularización del Estado. El tema de los valores, principalmente centrado en la sexualidad, emerge como un futuro campo de conflictos que puede sobrepasar a la política y peligrosamente darle otros contenidos.

Querido Alberto, así estamos. Llenos de límites, de posibilidades, de miedos y de esperanzas. Sin caminos necesariamente prefigurados. Los que venimos con las marcas de la identidad de la izquierda, orgullosos por nuestra participación en la reconstitución democrática, por nuestro compromiso con el gobierno del presidente Aylwin; inquietos por la perspectiva de que la democracia pueda significar una cristalización elitista; necesitamos de profundizar una utopía de la tolerancia, en que la modernización sea integración y equidad; la solidaridad la posibilidad de la igualdad y el despliegue ciudadano el coto al poder. Tenemos, con todo, no sé si afortunada o desgraciadamente muy pocas certezas. Aunque en realidad creo que es mejor el que no las tengamos. Quizás ello nos dé la posibilidad de volver a tener ideas. Porque los valores no los hemos perdido. Y quizás entonces allí pueda empezar a perder el miedo a escribir. Que tengas un feliz regreso a Alemania. Cariños para Cristina y la niña.

Afectuosamente,

J.A.V.